

S E R M O N

DE SAN BUENAVENTURA.

Qui fecerit, & docuerit, hic magnus, &c.
Matth. cap 5. v. 19.



Az, paz, ò bellas enemigas santidad, y sabiduria, paz. Tan antigua es vuestra enemistad como los hombres, pues nuestros primeros Padres se privaron de la santidad por el deseo vano de la sabiduria, que les prometia la astuta serpiente. Paz aora, irreconciliables enemigas, ya que en otro tiempo, por no conveniros sobre un Trono, cayò lastimosamente la santidad del solio augusto de Salomon, donde se sentaba coronada la sabiduria. Paz, ya que caminando hasta aora por opuestas sendas, si la una con sobervia planta pafsea las Aulas de Grecia, y los porticos de Athenas, la otra embarcada en un bagel despreciable, se retira con unos pobres Pescadores à las lagunas de Palestina. Paz, buelvo yo à clamar, santidad, y sabiduria, paz. Tiempo es ya de olvidar los antiguos enojos, de dejar de la mano los aceros, y de hacer entre si pacificas alianzas. Debiera bastar, para evitar tan porfiadas discordias, saber que haveis nacido desde la eternidad hijas de dos potencias inseparablemente unidas, entendimiento, y voluntad. Podiais acordaros, que la Sabiduria increada espira, pero siempre amor. No obstante, si obstinadas quereis mantener vuestros antiguos rencores, desfogadlos allà fuera en los teatros del figlo, y no entreis riñendo en los Claustros de Francis-

CO.

co. Dejad las armas à las puertas de esta pacifica Sion. Tened à bien olvidar aqui vuestras pretensiones. Echaos los brazos al cuello con un vinculo de indissoluble union. Dormid aqui quietas en un mismo lecho. Sentaos bajo un mismo dosel. Recibid sin embidia unas mismas honras. Y acaso Señores, à pesar de una enemistad tan antigua entre la santidad, y la sabiduria no se ven hoy amigablemente unidas en la Religion de San Francisco, à influjos del Serafico Dr. San Buenaventura, que enseñò el arte de hermanarlas? Quièn puede dudarlo? San Buenaventura fue un hombre, que criado entre los mas puros candores de la inocencia, hizo mas preciosa esta inocencia con el esplendor, que le aadiò de la sabiduria. En la Religion de San Francisco, entonces recién nacida, era Buenaventura un Maestro aplicado à hacer ver en su persona, y trato, que es agraviar la virtud, si no se le procura el honor de la sabiduria. El como diestro Jardinero del Paraíso Serafico, mostrò à todos, que el arbol de la vida debia florecer junto al arbol de la ciencia. Persuadido de San Isidoro, que dice, que la virtud sin la doctrina deja al hombre inutil; que la doctrina sin la virtud le hace arrogante; y así, que ambas deben concurrir à formar un Ecclesiastico Doctor; (1) propuso como obgeto de su conato, y aplicacion, adquirir un tesoro riquissimo de virtudes, y un caudal abundante de sagradas letras. Santamente ambicioso de grandeza, pero en el Reyno de los Cielos, obrò, y enseñò constantemente, atento à la saludable sentencia de Jesu-Christo: (2) *Qui fecerit, & docuerit, hic magnus, &c.* Mas à pesar de su humildad fue tambien aqui en el mundo tan grande en la estimacion de los Soberanos, en la confianza de los Pontifices, en la veneracion de los Concilios, en el aprecio de ambas Iglesias Latina, y Griega, y en el amor

(1) S. Isid. lib. 3. Sent. cap. 36. & 47. *Tàm doctrina, quàm vita clarere debet Ecclesiasticus Doctor: nam doctrina sine vita arrogantem reddit; vita sine doctrina inutilem facit.* (2) Matth. cap. 5.

amor de los Pueblos, como irè manifestando si me alcanza los esfuerzos de la Gracia la Soberana Reyna de los Angeles. Obligüemosla con la saluracion Angelica: AVE.

Qui fecerit, & docuerit, hic magnus, &c. Matth. cap. 5.

Alejandro de Ales, Dr. irrefragable, cuya mayor alabanza es su mismo nombre, luz inaccesible de la Francesa Athenas, en la sabiduria un Salomon, en la sagacidad un Ulises, en la prudencia un Caton. Este gran Maestro de su siglo solia mirar à San Buenaventura su dicipulo, y lleno de complacencia por la grandeza del ingenio, por la inocencia de las costumbres, y amabilidad de su persona que reconocia en èl, acostumbraba darle un elogio, pero el mas illustre, concebido en estos precisos terminos: *Non videtur Adam in homine isto peccasse.* Verdaderamente Buenaventura es un hombre, en quien parece que Adan no haya pecado, pues desmiente en su persona, è inclinaciones la corrupcion de su origen. Supongo, Señores, que San Buenaventura, y todos los hombres descendientes de Adan, por natural propagacion contraen (à excepcion de la Reyna de los Angeles) el pecado original. Son complices en su desobediencia, nacen hijos de ira, y llevan sobre si, antes del Bautismo, el pecado con sus consecuencias, despues las reliquias solas del pecado, que son las flaquezas de la naturaleza, las inclinaciones à lo deleytable, la guerra domestica de la carne con la razon. Esta es una verdad incontestable, y un dogma de Fè consagrado contra el error de los Catharos. (1) Aora pues, supuesta la capacidad, y penetracion de Alejandro, què veria en San Buenaventura, que se le re-

(1) Annato Ap. Theol. fol. 357.

representaba como un hombre essempto de los achaques del pecado? Repugnancia al fausto, y exaltacion, docilidad admirable de voluntad, claridad, y viveza de entendimiento, horror à las condescendencias con el apetito, inclinacion como natural à las virtudes, era fuerza fuesse lo primero que se presentasse à los ojos de Alejandro, para obligarle à sacar de sus labios aquella sentencia. Considerada la autoridad, y el peso de Alejandro, es necessario persuadirse, que èl para prorumpir en semejante alabanza de Buenaventura, le mirasse primero como una rosa entre las espinas, sin ser herida dellas; como una salamandra entre las llamas, (si es verdad lo que se cuenta de ella) sin ser abrasada de sus ardores; ò como un hombre puesto sobre la cumbre del Olimpo, fuera de los tiros de las tempestades, y los vientos. No hay duda, Señores, que Alejandro de Ales miraria à Buenaventura como una de aquellas nobles almas, de quienes habla el Nazianceno, que superiores al mundo, viven vestidas de la carne, pero libres de su enojosa pesadèz. (1) Y si Alejandro huviera dado à nuestro Sto. semejante elogio en una edad madura, y venerable, quando la sangre por fria, los espiritus por pesados, las fuerzas por debiles, con dificultad pueden revelarse contra la razon, no me admirara tanto; pero que lo diga en la mas lozana juventud, quando todas las facultades de la carne amotinadas suelen declarar la mas viva guerra al espiritu; quando todos los sentidos del cuerpo encuentran por defuera mil obgetos deliciosos en que cebarse; quando suelen èstos enseñorearse del alma, y apoderarse del corazon: esto si que me llena de una gozosa admiracion. No pienso de mi, poder alabar à S. Buenaventura con mayor grandeza, que representandole à vosotros, como èl se le representaba à Alejandro: un hombre, que

(1) *Supra mundum existunt: etiam in carne, extra carnem vivunt. S. Nazian.*

que desmintió haver heredado las inclinaciones, y flaquezas de nuestro primer Padre. Serán dos las partes, que dividirán mi Oracion. Un nuevo hombre, (*) à quien el apèrito de la sabiduria no hizo delinquente. Un Dotor ilustre, (*) à quien la possession de la sabiduria conservò humilde.

PARTE PRIMERA.

HAcer patentes à vuestros ojos todas las obras grandes del Serafin Dotor Buenaventura, es imposible. Yo puedo decir con verdad lo que en una Oracion de San Basilio, el Nazianceno: „ Quièn pudiera compendiar todas las „ virtudes del gran Basilio, ò à lo menos poder decir todas „ aquellas, que me serà forzoso passar en silencio? Todo „ lo que se presenta de nuevo à mi espiritu, me parece mas „ grande, mas sublime, que lo que tenia meditado para decir. Para mi serìa mayor embarazo saber lo que tengo de „ dejar, que para otros lo que deben escoger. Mi espiritu „ no sabrà resolverse en la eleccion de sus alabanzas, porque „ que la multitud de obgetos en todo parecidos se presenta „ en confusa tropa al pensamiento. (1) Lo mismo, Señores, y con igual razon, puedo yo decir, quando tomo à mi cuenta alabar al Dotor Serafico San Buenaventura. Sus virtudes de tropel me egecutan, pretendiendo cada una tener el primer drecho. Tantos servicios como hizo al publico, y à la Iglesia, merecen que se encomienden à la memoria para el reconocimiento. Los empleos que desempeñò en credito de la Fè, piden una lengua de oro para su alabanza. Su sabiduria hecha arbitra de la paz tan suspirada entre Latinos, y Griegos, debia ser el unico obgeto de un Panegirico, pero salido de los labios de un Serafin. Para celebrar solo el de-

(*) PARTE I. (*) PARTE II.
(1) S. Naz. in orat. S. Basilii.

decoro, que ha dado à la Religion de San Francisco mi gran Padre, y los interesef, que ha traído à esta Familia en la sabia conduta de su gobierno; es insuficiente un Orador tan vulgar como soy yo. Mas para resumir una materia tan basta, y poner algun limite à la grandeza del obgeto, podia contentarme con decir del lo mismo que San Maximo del grande Cypriano, esto es: *Que la santidad le formò un perfeto Sacerdote, y la sabiduria le consagrò un excelente Dotor.* (1) Pero como yo quiera darle à conocer segun el retrato, que sacò del su Maestro con el pincel de su lengua, tirando el rasgo de dos palabras: *Non videtur Adam, &c.* serà fuerza pintarle con otras lineas; y asì de lo primero que necesito para formar esta imagen, es de bolver los ojos para mirar à nuestro primer Padre en el Paraíso.

Adan en el Paraíso nada tenia, que desear para ser dichoso. El sitio deleitable, el Cielo siempre risueño, las fieras obedientes, la salud robusta, las inclinaciones regladas, los sentidos en su debido orden, las potencias inferiores sujetas à la razon, la voluntad enriquecida de nobles habitos, el entendimiento ilustrado con soberana ciencia. A què mas podia anhelar un corazon aunque fuesse ambicioso? Adan, pues, pretendió mas de lo que posseia, y lo perdiò todo. El apetéció una sabiduria mas ostentosa, que le prometia la serpiente; (2) y no solo la apetéció, sino que quiso alcanzarla contra los drechos de Dios. Hizo precio de su delito para conseguirla, y queriendo ser sabio à expensas del Divino honor, trajo sobre si, y sobre sus hijos la maldicion. El se lisongeo, que alcanzaria una sabiduria sin limite, cuya possession estaba aligada à la condicion de comer la fruta del arbol prohibido. Ciego con el resplandor de una promessa tan interesada, cayò en la red que le ponìa, y tuvo que

Tom. I. Y. 202. lib. 3. cap. 3. X. llo-

(1) Sanctitas Sacerdotem, peritia Doctorem consecravit. S. Maximo.

(2) Gen. cap. 3. Eritis sicut Dii scientes bonum, & malum.

llorar la pérdida entera de sus privilegios. Quedò fin la sabiduría à que suspiraba , y fin la que posseía. El entendimiento lleno de tinieblas , la voluntad desnuda de los hábitos de las virtudes , los sentidos , y las potencias rebeldes à la razon. Desde aquel triste momento comenzò à sentir la inclinacion al mal , la repugnancia à obrar con rectitud , la propension feble à condescender con los antojos del apetito : y finalmente , experimentò todas quantas flaquezas nosotros toleramos , y que son la funesta herencia , que nos dejó.

Todos los hombres à pesar nuestro gemimos bajo el yugo , que nos impuso la desobediencia de nuestro primer Padre : y à titulo de cómplices en su delito , sentimos violencia en sugetarnos à cumplir las obligaciones que debemos al Criador. El Serafico Dotor San Buenaventura , como todos los hombres , no estuyo essento de estas pensiones ; mas el portarse de manera que parecia no haver tenido parte en el comun delito , lo deve principalmente à Dios , del qual recibió , como Salomon , una buena alma , y un corazón docil , (1) y despues à una educación sabia , que le preparò la Providencia. La educación es un segundo nacimiento , y por esto nosotros no estamos mas obligados à los que nos dieron el ser , que à los que nos le perfeccionaron con una virtuosa instrucción. Quando nacemos no somos otro , que una massa de carne informe , y quedàramos al fin como unos brutos , si nos dejàran à solo el beneficio de la naturaleza. Vemos cada dia la diferencia que hay entre sugetos instruidos de distinta manera. Notais un no sè que de agosto , y magestuoso en los niños de nacimiento alto , que no se advierte en el resto de los otros hombres. Ellos todos vienen de un mismo origen , y tienen un principio de vida. La diferente crianza los hace no obstante distintos. Y quien puede

(1) 3. Reg. cap. 3. Sap. cap. 8.

de dudar ser beneficio de que se deben reconocer deudores à Dios , el encontrar los hombres desde sus tiernos años tales Maestros , que les instilen en el animo la verdadera piedad , y Religion.

El Serafico Dotor San Buenaventura tuvo parte en este favor del Cielo ; y Dios que le tenia destinado para ser luz brillante de su Iglesia , no permitiò tuviesse otro Maestro menos virtuoso , que su venerable Madre. Ella le iba informando segun le inspiraba su devocion ; y encontrando en el Niño todas las mas bellas disposiciones que podia desear , cogió à manos llenas el fruto de su enseñanza. Aquel natural tan docil , aquel humor tan suave , aquella honestidad tan congenita , aquel pudor vergonzoso , aquella inclinacion , y gusto à las cosas de Dios , si le descubrian un nuevo hombre no formado de la massa comun , eran por esso mismas firmes persuaciones à la venerable Señora , que la animaba à concebir esperanzas ciertas de que se cumplirian en aquel hijo suyo todas las felicidades , que le predijo el Serafico Patriarca , quando tomándole en sus brazos le restituyó la salud perdida. En efecto , llegó Buenaventura à los 22. años , edad , que tantos escollos ofrezca à una juventud sin disciplina ; pero no tuvo parte con la mocedad inconsiderada , ni bebió la dulce leche de los pecadores. Conociò no obstante que llevaba en vaso de barro el tesoro de la gracia , y que era peligroso exponer tantas riquezas à las manos de tantos robadores de que están sembrados los caminos del mundo. (1) Se persuadiò , que debia sacar su causa fuera del figlo , por reynar en él , cierto ayre de corrupcion , del que sin remedio quedan inficionados los que se complacen de vivir en su centro. Y à la verdad , què cosa mas difícil , que conservar la inocencia del alma en medio de tantas personas de costumbres corrompidas ? Vos me pedis , decia un Filoso-

(1) S. Gregor. hom. 11. *Deprædari desiderat* , &c.

fo (1) à uno de sus Dicipulos, que os diga, que debeis sobre todo evitar en este mundo para conservaros en una vida inculpable? Os doy de respuesta, que el comercio siempre fatal de los hombres. Yo nunca faco de su compañía las virtudes que llevaba quando me juntè con ellos, (2) y siempre he experimentado levantar de nuevo su cabeza algunos vicios que tenia suprimidos. (3) Lo cierto es, que los menores afectos al mundo, turban el reposo del alma; y si una vez llega èl à hacerse dueño del corazon, no es facil desembarazarse de su dominio. El tiene unas cadenas tan dulces, que cuesta mucho determinarse à romperlas, y quando se logra abandonarlo, es fruto de una gracia vitoriosa. Los que huyeron el mundo antes de empezar à conocerlo fueron mas dichosos, y no tuvieron que afanarse para vencerlo. Ellos conservaron la pureza del alma, alejandose de un ayre tan pestilencial, y caminando desde su infancia en seguimiento de Jesu-Christo, conservaron en el pecho sus saludables maximas. Ellos sirvieron à Dios en paz, y llevando una vida tranquila, se ocuparon todos en hacer sacrificios al Señor de su corazon, y su mente.

Tal fue el Serafico Dotor San Buenaventura. Quando el mundo le ofrecia las mas floridas esperanzas, y le brindaba con las mas interesables conveniencias, entonces, como si con la naturaleza no hubiera heredado de Adan el espíritu de la ambicion, y el amor à las conveniencias de la vida, da una repulsa rigida à los ofrecimientos del mundo, y rompe los mas tiernos lazos de la carne, y sangre. Se entra en el Orden Serafico con los nobles designios de buscar à Dios con todas sus ansias, haviendo sacado de la casa de sus padres incorruptos los frutos de una santa educacion. Y pensareis seguirle, ni aun con la vista en el camino, que va à

(1) Sen. ep. 7. *Fuge multitudinem, fuge paucitatem, fuge vel unum.*

(2) Sen. ub. sup. *Numquam mores quos extuli refero.*

(3) Sen. sup. *Aliquis ex eis, quæ fugeram reddiit.*

emprender para buscar à Dios? ò que le podria mirar alguno sin quedar deslumbrado? No vereis en sus manos otra cosa que lucidissimas antorchas. Por todas partes le encontrareis lleno de luz, como si fuera aquel Varon prodigioso, que se le mostrò à San Juan en medio de los siete candeleros. (1) Los rudimentos de su virtud fueron primores de perfeccion? y aun podemos decir del lo que San Geronimo decia en alabanza de otra Alma, esto es, que los que Buenaventura reconocia en si delitos, pudieran en otros calificarse de virtudes. (2) El se ofrece à si mismo en perfeto holocausto en las aras de su Dios, donde es consumido con el fuego de la divina caridad. El nace, y renace cada instante como Fenix de una pira de aromas de santos deseos, que le mueven à batir las alas de sus afectos para encender la hoguera del divino amor. Què ansias! què ardores! què deseos no se levantarian en su alma de irse anegando cada instante en aquel oceano de infinitas aguas! Què saltos no le haria dar à su corazon aquel fuego de la caridad, que descansaba en su pecho como en su propia esfera! O si nosotros huvieramos podido entrar en el santuario de su interior, què de maravillas huvieramos visto? Inferid algo de lo que sin el pensar se descubria por defuera; pues si era hermoso el Sol, à pesar de las nubes de su humildad, y silencio, no dejaba de embiar muchos rayos de luz por los intersticios de su pluma, y de su lengua. Leed el libro, que intitula: *Aljava del divino Amor*, que fueron las primicias de su prodigioso ingenio, y vereis en cada periodo un bolcan, en cada linea una ardiente llama, en cada palabra una centella, que sale de un mongibelo purissimo de caridad. El amor de su pecho era un fuego, pero como el de Jeremias, (3) que penetrandole hasta los huesos, le hacia caer en mortales deliquios. Era un

X 3

fue-

(1) Apoc. cap. 1. v. 13. (2) S. Hieron. lib. 3. ep. 8. *Illius vita aliorum erant virtutes.* (3) Thren. cap. 1. v. 13.

fuego , pero como el de David , (2) que añadiendole con la meditacion nuevo pabulo , se levantaban sus llamas hasta el Cielo à descansar en su centro. Oid lo que escribe en el cap. 1. del lib. que intitula: *Estimulo del divino Amor. O amantissimas Llagas*, dice, *de mi Señor Jesu Christo, como yo en una ocasion entrasse por ellas con los ojos abiertos, se me llenaron de su preciosa Sangre, y sin ver otra alguna cosa empecé à entrar palpando con las manos, hasta penetrarme en las entrañas de su intima caridad, donde abrazado, y ligado con tan dulces lazos no pude encontrar con la salida. Este era, Señores, el centro donde descansaba, como la piedra en el fuyo, esta inocente alma. Esta era la esfera donde tenia su reposo, como el fuego en la fuya, este Serafin de amor. Estas las cavernas donde anidaba esta sencilla Paloma, y esta la bodega donde el Esposo introducía à esta dichosa Alma para que bebiesse, hasta embriagarse, el generoso vino de la caridad.*

Pensad aora, Señores, quien mejor que nuestro Serafin Doctor pudo decir con la Esposa de los Cantares: *Ponme como señal sobre tu corazon*; (2) ò con el Apostol: *Llevo en mi cuerpo las Llagas de mi Señor Jesu Christo*. (3) Yo entiendo que en este rapto se le diría à Buenaventura lo que à Moyses: *Inspice, & fac secundum exemplar, quod, &c.* (4) segun lo que nos dejó escrito despues destas sagradas llagas. Leed lo que escribió de *Pasione Domini*, lleno todo de la piedad mas tierna, y de los sentimientos mas compasivos, y os vereis en precision de llamar à nuestro Santo, ò heredero de la Cruz de Christo, que es lo que dijo de los Principes de los Apostoles San Pedro Damiano; ò hijo de la Cruz, que es lo que de San Andres, dijo San Cypriano; ò Religioso de la Cruz, que era el titulo que por burla daban los Gentiles à los Christianos de la primitiva Iglesia, segun cuenta Ter-

(1) Psalm. 38. v. 4. (2) Cant. cap. 8. v. 6. (3) Galat. cap. 6. v. 17. (4) Exod. cap. 25. v. 40.

Tertuliano. Y si esto es así, no estrañareis vosotros diga Tritemio, que de los labios de Buenaventura salian sus palabras, no llenas de arrogancia, sino de fuego de caridad. (1) Nada admirareis, que aquel gran Maestro de los espiritus San Francisco de Sales, deposito de la dulzura, y de la prudencia, digesse: que si se le diera à elegir, mas estimaria ser entre los Doctores, Buenaventura, que Thomàs, pues mayor aprecio merece el amor de los Serafines, que la sabiduria de los Angeles. (2) Aunque uno, y otro poseeria Francisco, si fuesse Buenaventura, del qual afirma el eruditissimo Gerson, que fue juntamente Querubin, y Serafin, pues tuvo de aquéllos la sabiduria, y de estos el amor. (3) *Bonaventura verissimo nomine Seraphinus simul, & Cherubinus fuit*. No tendreis por hiperbole diga yo, que las palabras de Buenaventura, como las de Elias, eran un fuego abrasador; (4) que sus escritos son una llama siempre viva, como la del Altar del Santuario; (5) que sus volumenes son otros tantos montes ardientes de la Sicilia, ò vesubios del Parthenopeo, que mostrando en el exterior la nieve del mas bello estilo, respira su interior purissimo fuego de amor sagrado. Haced la experiencia de conferir alguna de las obras de San Buenaventura con la de otros Padres. Leanse despues indiferentemente unos, y otros escritos sin advertencia de sus Autores: se hallará, que el corazon inflamado en la leyenda, discernirá entre las obras de los otros Padres, y las de San Buenaventura; pues aunque unas, y otras iluminen la mente, las del Serafico Doctor tienen à mas defecto, como caracter suyo, inflamar la voluntad. (6) Si acaso à alguno fallasse la experiencia, verà despues como podrá

X 4

re-

(1) *Non infantia, sed inflamantia verba proferebat*. Tritem. de Script. Ecclesiast. (2) S. Franc. Sales. cit. à Lacelve, sem. S. Bonav. (3) Gerson ep. in laud. D. Bonav. (4) Eccl. cap. 48. *Verba ejus sicut facula ardebant*. (5) Levit. cap. 6. v. 12. (6) Rob. de Lic. in vit. S. Bonav. *Ejus doct. fuit verè Seraphica, quæ legentes non solum illuminat, sed inflammat*.

reprehenderse, diciendose à si mismo lo que le decian los dos Dicipulos, que caminaban à Emaus: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via, & aperiret nobis scripturas?* (1) Por ventura no tuvimos hartas señas para conocerle, quando sentiamos que ardia nuestro corazon, mientras èl nos hablaba desde sus libros con lengua de fuego?

Pero què mucho respiren llamas de purissimo amor los escritos de Buenaventura, si èl estudiò en otros libros, que los comunes! El anhelò à ser sabio, però no quiso recibir la sabiduria de otra mano, que la de Dios. La obediencia à sus Leyes, y la sumision à sus ordenes, fueron el precio con que este hijo del Adan nuevo hizo suyo el riquissimo tesoro de la sabiduria. Nunca fijaba los ojos en los libros, que no tuviese el corazon puesto en Dios: A un mismo tiempo sentaba la pluma sobre el papel, y levantaba sus buelos el alma al Criador. Para calificacion desta verdad basta producir un testigo, pero de excepcion tan mayor, como el Angelico Dr. Santo Thomàs de Aquino. Llegòse este Angel à visitar, como lo tenia de costumbre, al Serafin Buenaventura su amigo, en ocasion que este estaba escribiendo la vida del Serafico Padre San Francisco. Tocò Thomàs à la puerta de su celda, y no respondiendole Buenaventura, pufose à acechar por los resquicios de la puerta, y ò prodigios! Mirò Thomàs à su buen amigo Buenaventura enagenado de los sentidos, inflamado el rostro, levantado de la tierra, manteniendo en la mano la pluma con que escrivia, y bebiendo en las eternas fuentes las aguas de los mas inefables consuelos. Thomàs entonces, que tenia tantas experiencias, de quantas dulzuras son llenas las almas en estas comunicaciones del Señor, se bolviò à los que le acompañaban, y les intimò el silencio, acordandose quizà de lo que Salomon tenia prevenido debia observarse en los raptos de sus

Es-

(1) Luc. c. 2. v. 32.

Esposas. (1) Dejemos al Santo, dijo à sus compañeros, que està trabajando por otro Santo: *Sinamus Sanctum, quia laborat pro Sancto.* Buenaventura goza unas delicias al presente, con las quales comparadas las de la tierra, son ascos. No le obliguemos con el estrepito à que suelte de sus labios los pechos de Dios, donde se alimenta con la suavissima leche de su amor.

Aora, Señores, si esto sucedia à Buenaventura quando estudiaba, ò escribia, dejó à vosotros que considereis quales serian sus extasis quando se recogia à la oracion, y dejaba à su alma, que à velas tendidas surcasse el oceano de la Divinidad? Discurrid pues, si de un alma tan pura (por mas que su humildad cerrasse todas las entradas, y salidas) dejarian de transpirarse algunos reberberos al cuerpo? Todo su exterior era un indice del candor, y la inocencia del corazon. Veíase en su rostro un fondo de honestidad, que arrebatava con una violencia dulce los corazones. Esto es lo que singularmente ponderò en sus exequias el Cardenal de Tarantasia, el qual tomando por tema aquellas palabras del 2. de los Reyes: (2) *Doleo super te frater mi Jonata*, dijo en gracia del Serafico Dr. que la belleza de su rostro, y la dulzura de su trato le hacian amable à quantos le veían. (3) Aquella natural blancura, que brillaba en su semblante, inaccessible à los movimientos de la colera, le hacia parecer un hombre, para cuya formacion havia Dios escogido otra massa que la comun. Aquella agradable modestia de su rostro le representaba como un hombre cortado de otra cantera que la de Adan. Aquella paz inalterable de su corazon, superior à todas las ofensas, y los disgustos, le mostraba como si fuera formado de pedazos de Cielo. Quièn duda pues, que en un alma del carácter de la de Buenaventura, descansaba

fa-

(1) Cant. c. 3. v. 5. *Ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilectam.*
 (2) 2. Reg. c. 1. v. 26. (3) Cardin. de Taran. *Quicumque Bonav. videbant statim ejus amore capiebantur.*